

el donjuan y la vida

LA tradicional entronización del donjuan por las fechas primeras de noviembre indica que en España el amor es vecino de la muerte y que los dos conceptos están trabados en la conciencia popular. Las expresiones castizas del amor, tales como «me muero por tí» o «tuyo hasta la muerte», tan tópicos en boca de los enamorados, delatan esa recindad. Amor y muerte son dos grandes columnas de la «psiquis» hispana. Amar y morir, entremezclados, es casi la total identidad del español.

Don Juan sale a las tablas justamente cuando doblan las campanas de los muertos. Un personaje vital, sensual y erótico como él no debiera quedar tan marcado por su trágico fin y destino. Hay mucha vida en don Juan, además de la muerte, para que quede simplemente embozado en ella. Y en cualquier caso podríamos pararnos a considerar la totalidad de su acción: más que morir, amar es vivir. Podríamos considerar, por tanto, a don Juan, más que un enviado de la muerte, un embajador de la misma vida. ¿A qué viene, pues, su aparición con los aparecidos?

La leyenda del donjuán es ya inseparable de la del don Juan de Zorrilla. ¿Si hubiera podido imaginar el vate vallisoletano la suerte que iba a correr su personaje...! Pero el gusto del pueblo no siempre tiene afinación crítica y a don Juan le envuelve un cendal de cenizas. Anda con una orla morada y por la posteridad, panteón viviente, cuando fue en vida delirio carnal y locura amorosa. No estaría mal la moraleja, si no fuéramos capaces, ya más, de echarle una mirada al contenido de ese vocablo llamado amor, a la luz de otros autores.

¿Podemos imaginar a Clelia, la protagonista de «La Cartuja de Parma», pendiente de trágicas lucubraciones, a la hora de cortarse la pesada trenza negra y echarla por la ventana a su amante Fabricio del Dongo? ¿Cómo sería posible situar a Clelia, para conmemorar la escena, en el día de difuntos? En los corrientes del amor a la europea que fluyen por la literatura universal, el amor va del brazo con la vida. Solamente en los anticipos de la vejez moderna el amor su tono vital. «¿El amor? —contesta la vieja marquesa de Villeparisis al jovenzuelo que la inquiere en un salón, según Proust—. Confieso que alguna vez lo hago, pero nunca hablo de él. Nostálgicas y valerosas palabras en la anciana mujer de mundo, que considera al vocablo y a su sentido como algo con proyección todavía vigente hacia el futuro, y desde luego sin contar demasiado con la muerte. La pasión de Romeo mata a la muerte, la borra. El adolescente Capuleto es la vida misma.

Calaveras y muertes, panteones y peroratas mortuorias están, a la vez, aunque diferenciadas por la calidad y por la temperatura, en Shakespeare y en Zorrilla. Pero nosotros hemos metido todo el drama de don Juan en el cementerio, y entre profundas fosas y cipreses andará ya siempre más el espectro del ídolo. Pobre don Juan, noticia necrológica...

tir, o por lo menos ha cambiado de apariencia y de módulos. El don Juan exigía a doña Inés y es muy probable que la carestía sea más bien de Ineses que de Juanes.

Esas muchachas que se encaraman a las «vespas» de los motorizados donjuanes eliminan por sí mismas la proyección del donjuán. Al gran amador, lo que parecía interesarle por encima de todo era la tensión emocional y la dificultad del gran montaje del amor. El corazón del hombre exigía unas particulares osadías, que hoy estarían fuera de lugar. No es que no exista el gran amor, ni que éste no pueda ser puesto en tensión por contingencias externas en las que no puedan intervenir los dos protagonistas. Pero a doña Brígida la ha sustituido, con ventaja y sin drama, el teléfono. El riesgo es hoy mucho menor y no sería concebible un don Juan sin riesgo.

Pero tampoco existen hoy donjuanes por el sentido práctico y perentorio que han cobrado, en muchos hombres, los grandes temas del corazón. También la pasión humana ha sido un poco socializada. Un gran

teatro de ópera

Ha circulado la noticia —que nos agradaría ver confirmada, pero que a la hora de escribir no es más que un rumor periodístico— de que la Fundación March se ha brindado a terminar las obras del Teatro Real de Madrid: extraordinaria empresa que zanjaría un problema ya muy antiguo en la capital de España, problema que no pueden resolver los patronatos oficiales ni los particulares. El término de esas obras tiene que llevarlo a cabo una Fundación de medios poderosos, como la Fundación March, si a ello no se aplica el Estado. Pero el Estado tiene ante sí, probablemente, obras más urgentes que realizar.

La cuestión de un gran teatro de Ópera en Madrid nos parece a nosotros de gran importancia. El porte, la calidad de la capital, su auge en el término de los últimos veinte años, merecen ser ornados con un gran Coliseo para la música. Es hoy día, Madrid, centro de reunión de multitud de viajeros. A pesar de la cantidad de hoteles de nueva planta que se han edificado en pocos años, resulta con frecuencia imposible encontrar en Madrid una habitación en hoteles de lujo. Se ha convertido Madrid en una placa turnante de conexión entre América y Europa. Y en los momentos actuales, salvo grandes ciudades como Londres, París y Roma, ocupa Madrid la primacía entre las capitalidades de Europa. En Madrid —el Madrid del Prado y de la Castellana— se funden felizmente el pasado dieciochesco y un porvenir estructural y moderno. Madrid debiera, pues, poseer un gran teatro de Ópera.

Pero no todo, por desgracia, son las obras de conclusión del coliseo. La alimentación y realización de cada temporada, una vez terminado el Teatro, implicaría inversiones muy cuantiosas todos los años. El montaje de cada ópera, vestuario, decoración, etc., podría ser cifrado en cantidades muy elevadas. Es pre-

común de los hombres conceptúa hoy a la mujer en función de las conclusiones prácticas de la vida. En un mundo mecánico e higiénico los tornados sentimentales son disueltos con celeridad por las mil improvisaciones de la vida cotidiana. Quizá hoy don Juan se encontraría con que no hay tiempo para enamorarse.

Yo conocí a un donjuán en mi juventud que estaba total y dramáticamente enamorado de tres mujeres. Tenía la jornada enteramente llena de lances, hasta bien entrada la madrugada. Sufrió indeciblemente y con matices especialísimos y variables, según cada uno de sus sujetos de amor. Parecía poseer un registro con tres modulaciones, como un órgano. La guerra vino a poner término a su odisea, dispersando a sus tres amantes y devolviendo, paradójicamente, la paz a su corazón.

Tal vez el hombre tenga una tendencia teórica a la poligamia, pero en la práctica la naturaleza del hombre no tiene más remedio que resultar monógama. También en este aspecto el hombre de hoy propende a las simplificaciones.

ciso tener un «stock» de obras importantes, entre las clásicas, antes de inaugurar, y así sucesivamente todos los años, hasta completar un repertorio regular. Tal vez no sean tanto los costos de las realizaciones del edificio los que demoran una resolución de la Fundación March; sino la consideración sucesiva de los costos para la puesta en marcha de las temporadas, que habría de correr, probablemente, a cargo de organismos oficiales. Sea como sea, la cuestión es que el tema, dormido durante mucho tiempo, se ha reavivado en estos días y que es probable que dé todavía que hablar.

Estas obras hay que emprenderlas sin demasiado titubeo. ¿No existe acaso el Liceo de Barcelona? El Gran Teatro barcelonés fue edificado, aproximadamente en sus dimensiones actuales, por una Barcelona que no pasaría de los doscientos cincuenta mil habitantes. Naturalmente que fue abierto e ideado para solaz de una gente que, aunque reducida, era enormemente sociable, y gustaba de frecuentarse y de encontrarse colectivamente en público. Ello lo muestra la propia disposición del Teatro. Los palcos del Liceo son de baja balaustrada para que las damas del siglo XIX pudieran mostrarse en toda su radiante belleza. En el siglo pasado, durante la función no se apagaban las luces de la sala para que todos pudiesen seguir contemplándose unos a otros. Sólo se oían bisbiseos antes de comenzar las «arias» más destacadas de cada función. Todo lo demás era pura exhibición, chisme y diálogo. Durante la función no estaba prohibido pasear por los pasillos del salón, porque lo que importaba no era la música, sino el contacto y la sociabilidad.

A un teatro lo hacen los dones de esta sociabilidad, más que el dinero. Por tanto, creemos que Madrid puede perfectamente tener, con inmediatez, su gran Teatro de Ópera.

hoy no hay donjuanes

¿Existe hoy don Juan? Nosotros creemos que los años han corrido muy de prisa y que el concepto donjuanesco que tuvimos todavía ocasión de comprobar en nuestra juventud —supervivencia, en la vida social, de conceptos anteriores—, ha dejado hoy de exis-